

za la aristocracia antigua y crea otra nueva con hombres que han pasado su juventud detrás de un mostrador; estos Estados latinos que respiran á pulmón lleno el aire de la igualdad, llevando este principio no sólo á las leyes, sino á la formación de los ejércitos más formidables que ha visto el mundo; estos días que vemos y en los cuales actuamos, siendo todos víctimas de resabios tiránicos y al mismo tiempo señores de algo, partícipes de una soberanía que lentamente se nos infiltra, todo, en fin, reclama y quizás anuncia un paso ó transformación, que será la más grande que ha visto la Historia. Mi hermano, que había fregado platos, liado cigarrillos, azotado negros, vendido sombreros y zapatos, racionado tropas y traficado en estiércoles, iba á entrar en esa escogida falange de próceres, que son como la imagen del poder histórico inamovible y como su garantía de permanencia y solidez. Digamos con el otro: «O el Universo se desquicia, ó el Hijo de Dios perece.»

Pensando en estas cosas fuí al cuarto de Irene, y todo lo olvidé desde que la vi. Sin oír su respuesta á mi primer saludo, le pregunté:

XVI

¿Qué leía usted anoche?

Y como quien ve descubierto un secreto querido, se turbó, no supo responder, vaciló un momento, dijo dos ó tres frases evasivas, y á su vez me preguntó no sé qué cosa. Interpreté su

turbación de un modo favorable á mi persona, y me dije: «Quizás leería algo mío.» Pero al punto pensé que no habiendo yo escrito ninguna obra de entretenimiento, si algo mío leía, había de ser, ó la *Memoria sobre la psicogenesis y la neurosis*, ó los *Comentarios á Du Bois-Raymond*, ó la *Traducción de Wundt*, ó quizás los artículos refutando el *Transformismo* y las locuras de Hæckel. Precisamente la aridez de estas materias venía á dar una sutil explicación al rubor y disgusto que noté en el rostro de mi amiga, porque, «sin duda — calculé yo — no ha querido decirme que leía estas cosas por no aparecer ante mí como pedantesca ó marisabidilla».

Las dos niñas corrieron hacia mí. Eran monísimas, se llamaban mis novias y se disputaban mis besos. Pepito también corrió saltando á mi encuentro. Sólo tenía tres años, aun no estudiaba nada, y le tenían allí para que estuviera sujeto y no alborotase en la casa. Era un gracioso animalito que no pensaba más que en comer, y luchaba por la existencia de una manera furibunda. Cuando le preguntaban qué carrera quería seguir, respondía que la de confitero. Isabelita y Jesusita eran muy juiciosas; estudiaban sus lecciones con amor y hacían sus palotes con ese esfuerzo infantil que pone en ejercicio los músculos de la boca y de los ojos.

La habitación de estudio era la única de la casa en que había orden, y al propio tiempo la menos clara, pues siempre se encendía luz en ella á las tres de la tarde. ¡Qué hermoso tinte de poesía y de serenidad marmórea tomabas á mis ojos, maestra pálida, á la compuesta luz de la llama y de la claridad expirante del día! Por ti salía mi espíritu de su normal centro para lan-

zarse á divagaciones pueriles y hacer cabriolas, impropias de todo ser bien educado. La estancia aquella había sido comedor y estaba forrada de papel imitando roble con listones negros claveteados. En un testero estaba el pupitre donde las niñas escribían; no lejos de allí, una mesa grande, un sofá de gutapercha y algunas sillas negras. En la pared había algunos mapas nuevos y dos viejísimos, de la Oceanía y de la Tierra Santa, que yo recordaba haber visto en la casa de doña Cándida. Es de suponer que mi cínife le endosaría aquellas dos piezas á Lica, haciéndolas pagar al precio de las demás gangas que á la casa llevaba.

«Vamos á ver, Isabel — decía Irene —, los verbos irregulares.»

La ocasión y el sitio imponíanme la mayor seriedad; así, para aproximarme en espíritu á Irene, tenía que ayudarla en su tarea escolástica, facilitándole la conjugación y declinación, ó compartiendo con ella las descripciones del mundo en la Geografía. La Historia Sagrada nos consumía mucha parte del tiempo, y la vida de José y sus hermanos, contada por mí, tenía vivísimo encanto para las niñas, y aun para la maestra. Luego venían las lecciones de Francés, y en los temas les ayudaba un poco, así como en la Analogía y Sintaxis castellanas, partes del saber en que la misma profesora, dígase con imparcialidad, solía dormir *aliquando*, como el buen Homero.

Mientras escribían, había un poco más de libertad. Isabel y Jesusa, al trazar sus letras, se embadurnaban los dedos de tinta. Pepito, á quien era preciso dar un lápiz y un papel para que se estuviera callado, hacía rayas y jeroglí-

ficos en un rincón, y á cada momento venía á enseñarme sus obras, llamándolas caballos, burros y casas. Irene descansaba, y cogiendo su labor de *frivolité*, poníase á hacer nudos con la lanzadera, y yo á mirarle los dedos, que eran preciosos. Con aquel trabajillo se ayudaba, reforzando su mísero peculio. ¡Bendita laboriosidad, que era el remate ó coronamiento glorioso de sus múltiples atractivos! Yo inspeccionaba las planas de las niñas y decía á cada instante:

«Más delgado, niña; más grueso; aprieta ahora...»

De repente, un prurito irresistible del alma me hacía volver hacia Irene y decirle:

«¿Está usted contenta con esta vida?»

Y ella alzaba los hombros, me miraba, sonreía, y... ¿por qué negarlo, si quiero que la verdad más pura resplandezca en mi relato? Sí, me parecía sorprender en ella cansancio y aburrimiento. Pero sus palabras, llenas de profundo sentido, me revelaban cuán pronto triunfaba la voluntad de la flaqueza de ánimo.

«Es preciso tomar la vida como se presenta. Estoy contenta, Máximo; ¿qué más puedo desear por ahora?»

— Usted está llamada á grandes destinos, Irene... Por Dios, Jesusita, no pintes, no pintes; haz el trazo con libertad, y salga lo que saliere. Si sale mal, se hace otro, y adelante... Las cualidades superiores que resplandecen en usted... Pero Isabel, ¿adónde vas con ese codo? ¿Lo quieres poner en el techo? Anda, anda; parece que vas á dar un abrazo á la mesa... No mojes tanto la pluma, criatura. Estás chorreando tinta... Ese codo, ese codo... Pues sí, las cualidades superiores...»

Y aquí me detuve, porque, á semejanza de lo que la tarde anterior me había pasado en el teatro, sentí obstrucciones en mi mente, como si ciertas y determinadas ideas no quisieran prestarse á ser expresadas y se escondieran con vergüenza, huyendo de la palabra, que á tirones quería echarlas fuera. El requiebro vulgar repugnaba á mi espíritu, y no sé por qué intervenía cruelmente en ello mi gusto literario. Y como al mismo tiempo no hallaba una fórmula escogida, graciosa, de exquisita intención y originalidad que respondiese á mi pensamiento, estableciendo insuperable diferencia entre mi sensibilidad y la de los mozalbetes y estudiantes, no tuve más remedio que adoptar el grandioso estilo del silencio, poniendo de vez en cuando en él la pincelada de un elogio.

«Usted, Irene, es de lo más perfecto que conozco.»

Ella siguió haciendo nudos y más nudos, y no respondió á mis alabanzas sino echándome otras tan hiperbólicas que me ofendían. Según ella, yo era el hombre acabado, el hombre sin pero, el hombre único. ¡Y cuidado con los elogios que hacían de mí todas las personas que me trataban!... No, no podía existir tal perfección en la persona humana, y por fuerza habían de descubrir algún defectillo los que me trataran de cerca. Contestando á esto, creo que estuve oportuno y algo chispeante, decidiéndome á lanzar algunas ideas preparatorias que ella, á mi parecer, comprendió perfectamente. Nuevos elogios de Irene, dirigidos en particular á lo que ella calificaba de originalidad en mi ingenio. «Es usted tremendo» — me dijo, y á esta frase siguió prolongado silencio de ambos.

La tarde estaba hermosa, y salimos á paseo. No sé si fué aquella tarde ú otra cuando me retiré á casa con la idea y el propósito de no precipitarme en la realización de mi plan, hasta que el tiempo y un largo trato no me revelaran con toda claridad las condiciones del suelo que pisaba.

«No me conviene ir demasiado aprisa — pensaba yo —. El hecho, el hecho me guiará y la serie de fenómenos observados me trazará seguro camino. Procedamos en este asunto gravísimo con el riguroso método que empleamos hasta en las cosas triviales. Así tendré la seguridad de no equivocarme. Poniendo un freno á mis afectos, que se dejarían llevar de impetuoso movimiento, conviene seguir observando. ¿Acaso la conozco bien? No; cada día noto que hay algo en ella que permanece velado á mis ojos. Lo que más claro veo es su prodigioso tacto para no decir sino aquello que bien le cuadra, ocultando lo demás. Demos tiempo al tiempo, que así como el trato ha de producir el descubrimiento de las regiones morales que aun están entre brumas, la amistad que del trato resulte y el coloquio frecuente han de traer espontaneidades que le revelen á ella mis propósitos y á mí su aquiescencia, sin necesidad de esa palabrería de mal gusto que tanto repugna á mi organización intelectual y estética.»

Tal como lo pensaba lo hice. Muchas mañanas asistí á las lecciones y muchas tardes á los paseos, mostrando indiferencia y aun sequedad. La digna reserva de ella me agradaba más cada vez. Un día nos cogió un chaparrón en el Retiro. Tomé un coche, y con la estrechez consiguiente nos metimos en él los cinco y nos fui-

mos á casa. Chorreábamos agua, y nuestras ropas estaban caladas. Yo tenía un gran disgusto; temía que ella y los niños se constipasen.

«Por mí no tema usted — me dijo Irene —. Jamás he estado mala. Yo tengo una salud... tremenda.»

¡Bendita Providencia que á tantos dones eminentes añadió en aquella criatura el de la salud, para que respondiese mejor á los fines humanos en la familia! El que tuviese la dicha de ser esposo de aquella escogida entre las escogidas, no se vería en el caso de confiar la crianza de sus hijos á una madre postiza y mercenaria; no vería entronizado en su casa ese monstruo que llaman nodriza, vilipendio de la maternidad y del siglo.

«Cúidese usted, cúidese Irene — le dije con afán previsor —, para que su hermosa salud no se altere nunca.»

Dos días estuve sin ir á casa de mi hermano. ¿Fué casualidad ó plan astuto? Crea el lector lo que quiera. Mi metódico afecto tenía también sus tácticas y algo se entendía de emboscadas amorosas. Cuando fui después de ausencia que tan larga me parecía, sorprendí en el rostro de Irene alegría muy viva.

«¡Qué caro se vende usted! — me dijo poniéndose más pálida.

— Me parece — repliqué yo — que hace dos siglos que no nos vemos... ¡He pensado tanto en usted!... Ayer hablamos... No nos vimos, y sin embargo, le dije á usted estas y estas cosas.

— Es usted... tremendo.

— No quisiera equivocarme; pero me parece que noto en usted algo de tristeza... ¿Le ha pasado á usted algo desagradable?

— No, no, nada — respondió con precipitación y un poco de sobresalto.

— Pues me parecía... No, no puede estar usted satisfecha de este género de vida, de esta rutina impropia de un alma superior.

— Ya se ve que no — dijo con vehemencia.

— Hábleme usted con franqueza, revéleme todo lo que piense, y no me oculte nada... Esta vida...

— Es tremenda.

— Usted merece otra cosa, y lo que usted merece lo tendrá. No puede ser de otra manera.

— Pues qué, ¿había de pasar toda mi juventud enseñando á hacer palotes?

— ¿Y cuidando chiquillos...?

— ¿Y dando lecciones de lo que no entiendo bien...?»

Echó sobre los libros que en la próxima mesa estaban una mirada tan desdeñosa, que me pareció verles apenados y confundidos bajo el peso de la excomuni6n mayor.

«Usted se aburre, ¿no es verdad? Usted es demasiado inteligente, demasiado bella para vivir asalariada.»

Me expresó con dulce mirada su gratitud por lo bien que había interpretado sus sentimientos.

«Esto se acabará, Irene. Yo respondo...

— Si no fuera por usted, Máximo — me dijo con acento de generosa amistad —, ya habría salido de aquí.

— ¿Pero qué?... ¿está usted descontenta de la familia?

— No..., es decir... Sí..., pero no, no — murmuró contradiciéndose cuatro veces en seis palabras.

— Algo hay...

— No, no; digo á usted que no.

— Tiempo hace que nos conocemos. ¿Será posible que no tenga usted conmigo la confianza que merezco?...

— Si la tengo, la tendré — replicó animándose —. Usted es mi único amigo, mi protector... Usted...»

¡Qué hermosa espontaneidad se pintaba en su rostro! La verdad retozaba en su boca.

«Me interesa tanto usted, y su felicidad y su porvenir, que...

— Porqué lo conozco así tendré que consultar con usted algunas cosas... tremendas...

— ¡Tremendas!»

No daba yo gran importancia á este adjetivo, porque Irene lo usaba para todo.

«Y yo le juro á usted — añadió cruzando las manos y poniéndose bellísima, asombrosa de sentimiento, de candor y piedad... —, yo juro que no haré sino lo que usted me mande.

— Pues...»

El corazón se me salía con aquel *pues*... No sé hasta dónde habría llegado yo si no abriera la puerta Lica en aquel momento.

«Máximo — dijo sin entrar —, llégate aquí, chinito...»

Quería que yo le redactase las invitaciones de aquella noche. ¡Pobre Lica, cómo me contrarió con su inoportunidad! No volví á ver á Irene aquella tarde; pero yo estaba tan contento como si la tuviera delante y la oyese sin cesar. El discursillo del cual no dije sino una palabra, sonaba en mí como si cien veces se hubiera pronunciado y otras ciento hubiera recibido de ella la hermosa aprobación que yo esperaba.

XVII

La llevaba conmigo.

Era como si la naturaleza de ella hubiera sido inoculada milagrosamente en la mía. La sentía compenetrada en mí, espíritu con espíritu; y esto me daba una alegría que se avivó por la noche, cuando fui á la reunión de jueves; y esta alegría radiosa salía de mí como inspiración chispeante, brotando de los labios, de los ojos, y aun creo que de los poros. Entréme de súbito un optimismo, algo semejante al delirio que le entra al calenturiento, y todo me parecía hermoso y placentero, como proyección de mí mismo. Con todos hablé y todos se transfiguraban á mis ojos, que, cual los de D. Quijote, hacía de las ventas castillos. Mi hermano me pareció un Bismarek, Cimarra se dejaba atrás á Catón, el poeta eclipsaba á Homero, Pez era un Maltus por la estadística, un Stuart Mill por la política, y mi cuñada Manuela la mujer más aristocrática, más fina, más elegante y distinguida que había pisado alfombras en el mundo. Para que se vea hasta qué aberraciones morbosas me condujo mi loco optimismo, diré que el poeta mismo oyó de mis labios frases de benevolencia, y que casi llegué á prometerle que me ocuparía de sus versos en un próximo trabajo crítico. Esto le puso como fuera de sí, y rodando la conversación de personalidad en personalidad, afirmó que yo me dejaba muy atrás á Kant, á

Shelling y á todos los padres de la Filosofía. Sus indignas lisonjas me abrieron los ojos y fueron correctivo de mi debilidad optimista. Yo creo que había en mí un desorden físico, no sé qué reblandecimiento de los órganos que más relación tienen con la entereza de carácter. De mucho sirvió para restituirme á mi sér el interminable solo que me dió Sáinz del Bardal á propósito de los inmensos progresos de la *Sociedad de Inválidos de la Industria*. En servicio de ella desplegaba el poeta-secretario una actividad demente, febril, y se multiplicaba para organizar los trabajos, para aumentar el número de socios y alcanzar la protección del Gobierno. Había logrado meter en ella á tres ex ministros y á otro personaje muy conocido en Madrid, propagandista infatigable que pronunciaba seis discursos por semana en distintas Sociedades.

Todo marchaba admirablemente, y marcharía mejor cuando los planes de los caritativos fundadores tuvieran completo desarrollo. Por de pronto, se había acordado destinar los cuantiosos fondos reunidos á imprimir los notabilísimos discursos que se pronunciaran en las turbulentas sesiones. ¡Lástima grande que tan admirables piezas de elocuencia se perdieran! Ante todo, España es el país clásico de la oratoria. Los autores del voto particular y la mayoría de la Comisión no habían logrado ponerse de acuerdo sobre aquel sutil tema; mas para salir del paso se había nombrado una Comisión mixta, compuesta de individuos de la de Propaganda y de la de Aplicación, para que redactasen el tema de nuevo. Reunida esta Junta magna, acordó que lo primero que debía hacerse era abrir un certamen poético, para premiar la mejor *oda al trabajo*. El

primer premio consistía en coliflor de oro é impresión de quinientos ejemplares; el *accésit* en girasol de plata é impresión de doscientos. Ya vi venir el nublado al enterarme de estos planes funestos, y, en efecto, me nombraron presidente del Jurado. También se pensaba en una gran rifa, organizada por señoras, y en una soberbia y resonante velada, ó quizás *matinée*, en la cual, después de leída por Bardal la Memoria de los trabajos de la Sociedad, habría música, discursos y lectura de versos, que son la sal de estos festejos filantrópicos.

Como pude me sacudí de encima al moscón que me aturdía, di una vuelta por los salones, y de repente sentí un golpecito en el hombro y una simpática voz que me dijo:

«Hola, maestro... Le vi á usted con *el tifus*, y no quise acercarme.

— ¡Ay! Peña, el ataque ha sido tan fuerte, que creo tendré convalecencia para toda la noche... Sentémonos; siento una debilidad...

— Esa es la *febris carnis*... Yo no me rindo á Sáinz del Bardal. Cuando viene contra mí, le vuelvo la espalda. Si á pesar de esto me habla, le echo una rociada de ácido fénico, quiero decir que le llamo necio.

-- Pero, hombre, ¿qué es de tu vida?

— Ya ve usted, maestro... Vámonos de aquí. *Achantémonos* en ese gabinete.

— ¿Qué me cuentas?

— Nada de particular.

— ¿Es cierto que no le haces la corte á Amalia Vendesol?

— ¡Quia, maestro!... Si eso se acabó hace mil años. Es inaguantable. Unas exigencias, unas susceptibilidades... Verá usted: si un día dejaba

de pasar á caballo por su casa, ¡María Santísima, la que se armaba! Si en el Retiro me distraía y miraba para alguien... En fin, tiene peor genio que su tía Rosaura, la que le sacó un ojo á su marido riñendo por celos. Yo he visto á Amalia morder un abanico y hacerlo en cincuenta pedazos...; ¿por qué creerá usted?... Porque una noche no pude tomar butaca impar en la Comedia, y tuve que ponerme en las pares. ¡Y qué educación la suya, amigo Manso! Escribe garabatos, dice *pedrominio*, y tiene un cariño á las haches...!

— Como todas..., como la mayoría... ¿Y es cierto que te has dedicado á una de las de Pez?

— Ahí están las dos. ¿Las ha visto usted? Me entretengo con ellas, principalmente con la menor, que es graciosísima. Están bien educadas, es decir, tienen un barniz...

— Eso es, nada más que un barniz. Ignoran todo lo ignorable; pero se les ha pegado algo de lo que oyen, y parecen mujeres. No son, realmente, más que muñecas, de las que dicen *papá y mamá*.

— Pero éstas no dicen *papá y mamá*, sino *marido, marido*. La mayor, sobre todo, es muy des-pabilada. ¡Cuidado que sabe unas cosas...! Anoche me quedé aterrado oyéndola. Hablando con verdad, no sé si decirle á usted que son monísimas ó muy cargantes. Hay en ellas algo de los visos del tornasol ó de los reflejos metálicos de una mayólica. A veces marean, á veces deslumbran; cansan y enamoran. Dan alegría y amor. La mayor, Adela, es de una vanidad que no se concibe. Yo creo que si un príncipe se dirige á ella, aun será poca cosa.

— Verás como concluye por casarse con un distinguido teniente.

— Lo creo. Tiene un tupé la niña... Algo se la ha pegado á la pequeña. ¡Ya se ve! Con aquella tiesa mamá, que parece figura arrancada á una tabla de la Edad Media...

— Con aquel soplado papá, que es el sincrismo de las pretensiones más enfáticas...

— ¿Pero no le llama la atención el lujo de esa gente?

— Á mí, en materia de estupidez humana, nada me llama ya la atención.

— Es un lujo inverosímil, misterioso. ¿Qué hay detrás de todo eso? Los cincuenta mil reales del señor de Pez, y pare usted de contar.

— Madrid es un valle da problemas.

— Yo creo que las pretensiones de las niñas dejan muy atrás á las de los papás. La ley de herencia se ha cumplido con exceso. Y no sé yo quién va á cargar con esos apuntes. El desgraciado que se case con cualquiera de ellas, ya puede hacer la cuenta que se casa con las modistas, con los tapiceros, con los empresarios de teatros, con Binder el de los coches, con Worth el de los trajes, y con todos los arruinadores de la humanidad. Acostumbradas esas niñas al lujo, ¿dónde encontrarán capital bastante fuerte para sostenerlo? Maestro, esto está perdido, aquí va á venir un desquiciamiento. Hablan de la juventud masculina y de su corrupción, de su alejamiento de la familia, de la tendencia antidoméstica que determinan en nosotros el estudio, los cafés, los casinos... Pues, ¿y qué me dice usted de las niñas? La frivolidad, el lujo y cierta precocidad de mal gusto imposibilitan á la doncella de estos países latinos para la constitución de las familias futuras. ¿Qué vendrá aquí? ¿La destrucción de la familia, la organización de la so-

ciudad sobre la base de un individualismo atomístico, el desenfreno de la variedad, sin unidad ni armonía, la patria potestad en la mujer...?

— Lo femenino eterno — dije yo gravemente — tiene leyes que no pueden dejar de cumplir. No seas pesimista, ni generalices fundándose en hechos que, por múltiples que sean, no dejan de ser aislados.

— ¡Aislados!

— Conoces poco el mundo. Eres un niño. Antes consistía la inocencia en el desconocimiento del mal; ahora, en plena edad de paradojas, suele ir unido el estado de inocencia al conocimiento de todos los males y á la ignorancia del bien, del bien que luce poco y se esconde, como todo lo que está en minoría. Créeme, créeme, te hablo con el corazón.»

Y tomando entre mis dedos (¡cómo me acuerdo de esto!) el ojal de la solapa de su frac, proseguí hablándole de este modo:

«Hay mucho tesoro, mucho bien, mucha ventura que tú no ves, porque te tapa los ojos la inocencia, porque te ciega el vivo resplandor del mal. Hay seres excepcionales, criaturas privilegiadas, dotadas de cuanto la Naturaleza puede crear de más perfecto, de cuanto la educación puede ofrecer de más refinado y exquisito. Flaquearía por su base el santo, el sólido principio de armonía si así no fuera, y sin armonía, adiós variedad, adiós unidad suprema...»

— No digo que no...»

Y distraído, pero atento á mis palabras, se metió la mano en el bolsillo del faldón y sacó una petaquilla.

«¡Ah!, ya no me acordaba de que usted no fuma... Yo tengo unas ganas rabiosas de fumar.

Con su permiso, maestro, me voy por ahí adentro á echar un pitillo. ¿Viene usted?»

No le seguí porque solicitaba mi curiosidad un grupo entusiasta que se había formado en torno de mi hermano. Parecíame oír felicitaciones, y el señor de Pez tenía un aire de protección tal que no sé cómo todo el género humano no se arrojaba contrito y agradecido á sus plantas.

El motivo de tantos plácemes y de bullanga tan estrepitosa era que se había recibido un telegrama de Cuba manifestando estar asegurada la elección de José María.

XVIII

«Verdaderamente, señores...»

Dijo mi hermano; y atascado en su exordio por la obstrucción mental que padecía en los momentos críticos, repitió al poco rato:

«Verdaderamente...»

Pudo al fin formular un premioso discurso, cuyas cláusulas iban saliendo á golpecitos, como el agua de una fuente en cuyo caño se hubiese atragantado una piedra. Acerqueme un poco y oí frases sueltas, como: «Yo no quiero salir de mis cuatro paredes..., porque también se puede servir al país desde el rincón de una casa... Pero estos señores se empeñan... A la benevolencia de estos señores debo... En fin, esto es para mí un verdadero sacrificio; pero estoy verdaderamente dispuesto á defender los sagrados intereses...»

Desde entonces tomó el sarao un aspecto político que le daba extraordinario brillo. Había tres ex ministros y muchos diputados y periodistas, que hablaban por los codos. La sala del tresillo parecía un rinconcito del Salón de Conferencias. Los que más bulla metían eran los de la *democracia rampante*, partido tan joven como inquieto, al cual se había afiliado José, llevado de sus preferencias por todo lo que fuera transacción.

El espíritu reconciliatorio de José llega hasta el delirio, y sueña con acoplar y emparejar las cosas más heterogéneas. Esto, según él, es lo *verdaderamente inglés*. Lo de la *sucesiva serie de transacciones* no se le cae de la boca: es su *Padre Nuestro* político, y así, todo lo transige y siempre halla modo de aplicar sus ideales casamenteros. No existe rivalidad histórica y fatal que él no se proponga resolver con un abrazo de Vergara. Eso es: abrácese como hermanos el separatismo y la nacionalidad, la insurrección y el ejército, la monarquía y la república, la Iglesia y el libre examen, la aristocracia y la igualdad. Toda idea pura es para él *una verdadera exageración*, y corta las cuestiones diciéndolo: *Basta de exclusivismos*. Para él no conviene que haya exclusivismos en el arte, ni en religión, ni en filosofía. Toda idea, toda teoría artística ó moral debe ceder una parte de sus regios dominios á la teoría y á la idea contrarias. Lo bello deja de serlo si este fenómeno no cruza con lo vulgar el famoso abrazo de Vergara. Jesús y los Santos Padres son unos exagerados y exclusivistas por no haber intentado un arreglo con la herejía.

Las majaderías de aquella gente me aburrían

tanto, que me alejé del salón y me interné en la casa. Harto de poetas, periodistas y políticos, mi espíritu me pedía el descanso de un párrafo con doña Jesusa. En el lejano aposento donde residía, estaba aquella noche, fija en su butaca, envuelta en su mantón y acompañada de Rupertito, á quien contaba cuentos.

«No me quiero acostar — me dijo —, porque el *sambeque* del salón y esta bulla de criados que van y vienen no me dejan dormir. Esta casa parece un trapiche los jueves por la noche. ¡Jesús qué terremoto! A usted no le gusta esto; ya lo sé. ¡Y qué gente tan comilona! Con el te, los dulces, los fiambres, las pastas, los helados que se han comido ya, habría para mantener un ejército. La pobre Lica no es para esto; si sigue así va á perder la salud... Le contaré á usted lo de anoche, si me promete ser reservado... Pues tuvieron ella y José María una peleita, ¡Jesús qué jarana!..., por si ella no sabía hacer los honores. Yo bien sé que Lica está muy *chiqueada*. Pero José ha echado un genio... No sé cuánta cosa sacaron: que él no piensa más que en sencilleces; que se pasa la noche en el Casino, y quién sabe si en otras partes peores... Parece que hay descubrimiento...»

Acercó su sillón al mío y casi al oído me dijo:

«Falditicas, ¿eh?... José María es como todos. Esta vida de Madrid... Tenemos calaveradas... Ya se ve, un hombre que va á ser diputado y ministro... Hay en Madrid cada gancho... ¡Ay!, qué mujeres las de esta tierra; son capaces de pervertir al cordero de San Juan. Yo les diría si las viera: «Grandísimas *sinvergüenzas*, ¿para qué engatusáis á un padre de familia, á un sencillo, á un hombre tan bueno?... Porque José

María ha sido muy bueno hasta ahora; pero, niño, de algún tiempo acá, no le conocemos.»

Yo defendí á mi hermano como pude y tranquilicé á su suegra, tratando de hacerle comprender que la licencia de nuestras costumbres está más en la forma que en el fondo, y que no debía tomar como señales de pecado ciertos desenfadados corrientes... Fué lo único que me ocurrió.

«Yo — dijo ella, bajando más la voz — no me meto en nada. Allá se entiendan; allá se las hayan. No me muevo de este sillón, porque no tengo salud para nada. Aquí me acompaña Rupertito. Esta noche, mientras allá reían y alborotaban, Irene y yo hemos rezado el rosario y hemos hablado de cosas pasadas... ¿Pero dónde se ha ido ese ángel de Dios?»

Miraba á todos los lados de la pieza.

«¿Pero no se ha recogido aún? — pregunté —. Esto es contrario á sus costumbres.

— Calle, niño; si debe andar por ahí. Algunos ratos se va al corredor á ver un poquitico de la sala.»

Ya iba yo á buscarla, cuando entró ella. Su fisonomía revelaba gozo y estaba menos pálida. Parecía agitada, con mucho brillo en los ojos y algo de ardor en las mejillas como si volviese de una larga carrera.

«Irene, ¿qué tal? ¿Ha visto usted...?»

— Un poquito..., desde el pasillo... ¡Qué lujo, qué trajes! Es cosa que deslumbra...

— Yo creí que á estas horas..., es la una, estaba usted recogida.

— Me he quedado aquí para acompañar un poco á doña Jesusa... Luego, es preciso ver algo, amigo Manso, ver algo de estas cosas que no conocemos.

— ¡Oh!, es justo — dije pensando en lo mucho que luciría Irene si penetrara en los círculos de la sociedad elegante, y en el valor que sus grandes atractivos tomarían realzados por el lujo—. Pero es cuestión de carácter; ni á usted ni á mí nos agrada esto. Por fortuna, estamos conformados de manera que no echamos de menos estos ruidosos y brillantes placeres, y preferimos los goces tranquilos de la vida doméstica, el modesto pan de cada día con su natural mixtura de pena y felicidad, siempre dentro del inalterable círculo del orden.

— ¡Jesús de mi alma! ¡Qué talento tiene este hombre, y qué bien dice las cosas! — exclamó doña Jesusa.

Irene se reía del entusiasmo de la niña Chucha, y con enérgicos movimientos de cabeza daba su aprobación á los elogios.

«Máximo — dijo de súbito la señora —, ¿por qué no se casa usted? ¿A cuándo espera, niño?»

— Todavía hay tiempo, señora. Ya veremos...

— En veremos se le pasa á usted la vida.»

Mirando á Irene, que atenta me miraba, le dije, por decir algo: «¿Y las niñas?»

— Han estado muy desveladas. Ya se ve..., con la bulla... También han querido ver algo. Después han estado jugando, de broma y fiesta, pasándose de una cama á otra y arrojándose las almohadas... Pero se han dormido.

— ¿Y usted no tiene sueño?

— Ni chispa.

— Pero es muy tarde.

— Me voy á mi cuarto.

— ¿Va usted á leer? — dije siguiéndola y llevándole la luz.

UNIVERSIDAD DE BILBAO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X EL SABIO"
1423 MONTECARMEN

— Es tardísimo... Veré si me duermo al momento. Mañana...

— ¿Mañana, qué?

— Digo que mañana será otro día, y hablaremos de aquello...

— Hablaremos de aquello...»—repetí sintiendo en mi pensamiento el estímulo que los novelistas llaman *un mundo de ideas*, y en mis labios cosquilleo de palabras impacientes.

Pero ella me quitó de las manos la luz, entró en su cuarto con una presteza que me parecía resbaladiza, dióme las buenas noches, y á poco sentí el ruido de la llave cerrando por dentro. Después dió un golpecito en la madera, como para llamarme, si me alejaba, y dijo:

«Traígame usted lo que me prometió.

— ¿Qué, criatura? — le pregunté, sospechando, en un momento de ansiedad, que le había prometido mi vida toda entera.

— ¡Qué memoria! La Gramática inglesa de Ahn...

— ¡Ah!, ya... Bueno...

— Y los dos lápices de Faber, números 2 y 3.

— Vamos, acabe usted de pedir. Pida usted el sol y la luna...

— No sea usted tremendo... Abur.

— No se fatigue usted la imaginación con la lectura...

— Si me estoy durmiendo ya.

— Eso es, descansar...; buenas noches.

— Pero qué, ¿todavía está usted ahí, amigo Manso?

— Creí que ya estaba usted dormida.

— Hombre, si estoy rezando... Adiós.»

Retiréme. Algo me daba que pensar aquel humorismo de Irene, un poquito desconforme

con la seriedad y mesura que yo había observado en ella; pero reflexionando más, consideré que este fenómeno contingente no alteraba el hecho en sí, ó mejor dicho, que un desentono pasajero y accidental no destruía la admirable armonía de su carácter.

Era ya hora de abandonar la reunión; pero Cimarra y mi hermano me entretuvieron, dando una batida en toda regla á mi modestia para que consintiese en ser hombre político y en lanzarme con ellos por la única senda que conduce á la prosperidad. Yo me resistí, alegando razones de carácter, de conveniencia y de ideas. Cimarra me aseguraba que era posible facilitarme la entrada en el Congreso, arreglándome uno de los distritos que estaban vacantes. Ya José había hecho algunas indicaciones al ministro, el cual había dicho: «¡Oh!, sí, verdaderamente...» Mi hermano se prestaba benévolo á arreglar la incompatibilidad de mis ideas con el régimen oligárquico que hoy priva, y me incitaba con empeño á ser hombre verdaderamente práctico y á abandonar de una vez para siempre las utopías y exageraciones, buscando en el ancho campo de mi saber una fórmula de transacción, una manera de reconciliar la teoría con el uso y el pensamiento con el hecho.

De la misma opinión era el marqués de Tellería, que se hallaba presente, encarnizado enemigo de las utopías, hombre esencialmente práctico, y tan práctico que vivía á costa del prójimo; santo varón que llamaba *logomaquias* á todo lo que no entendía. Este señor me dió después un solo, adulándome sin tasa y diciéndome, en conclusión, que los hombres como yo debían consagrarse á defender los intereses de las clases pro-

ductoras contra las amenazas del proletariado, las creencias venerandas de nuestros mayores contra la irrupción de la barbarie librepensadora, y las buenas prácticas de gobierno contra los delirios de los teóricos. Yo ocultaba con frases de cortesía el desprecio que me merecía este sujeto, á quien de oídas conocía desde algunos años atrás por lo que me había contado su yerno y mi amigo León Roch. Al soltarme, me dijo:

«Le voy á mandar á usted un folletito en que he reproducido todos los discursos, todos los incidentes que motivó la proposición de ley que presenté al Senado sobre la vagancia. Me hará usted el favor de leerlo y decirme su opinión imparcial.»

Manuela, que se enteró de que me querían enjaretar la diputación, no me ocultaba su gozo. Pero no le cabía en la cabeza mi resistencia á entrar por las vías políticas, y riñéndome por mi carácter retraído y mi amor á la vida obscura, me decía:

«Pero, chinito, no seas *jollullo*.»

XIX

El reloj del comedor dió las ocho.

Haciendo el cómputo que el desorden de los relojes de aquella casa exigía, resultaba que las ocho campanadas marcaban las tres. ¡Qué tarde! Retirarme yo á casa á tal hora me parecía un absurdo, una chanza, un criminal secuestro del tiempo. Me vi como figura de pesadilla, ó como

si yo fuera otro y con ese otro estuviera soñando en la plácida quietud de mi cama. Salió. La somnolencia me producía síntomas parecidos á los de la embriaguez. Cuando fui al comedor para tomar un vaso de agua vi con asombro que aun había luz en el cuarto de Irene. El rectángulo de claridad sobre la puerta atrajo mis miradas, y breve rato estuve clavado en mitad del pasillo. «Pero, ¿no me dijo usted hace dos horas que tenía mucho sueño y que se iba á dormir en seguida?» Esto no lo dije en voz alta. Hice la pregunta de espíritu á espíritu, porque dar voces á tal hora me parecía inconveniente. ¿Rezaba? ¿Qué hacía? ¿Leer novelas? ¿Devorar mis obras filosóficas?...

Bebiendo agua me tranquilicé sobre aquel punto. En verdad, yo era un impertinente exigiendo un método imposible en los actos de Irene. ¿Qué tenía de particular que apagara la luz dos horas más tarde de lo que había dicho? Podía ser que estuviera cosiendo sus vestidos, ó preparando las lecciones del día siguiente... ¡Las tres y media!... ¿Cuántas horas dormía aquella criatura, que se levantaba á las siete? ¡Deplorable costumbre la de calentarse el cerebro en las horas de la noche! ¡Oh! Yo haría cumplir en mi familia con estricta rigidez los preceptos de la Higiene.

En el portal se me unió Peña. Embozados, acometimos el frío glacial de la calle.

«Maestro, ¿se va usted á su casa?»

— Desalmado, ¿adónde he de ir? Y tú, ¿adónde vas?»

— Yo no me acuesto todavía. Es temprano.

— ¡Es temprano y van á dar las cuatro!»

Andando aprisa, le eché una filípica sobre el

desarreglo de sus costumbres y la antihigiénica de hacer de la noche día, motivo de tantas enfermedades y del raquitismo de la generación presente. Él se reía.

«Por respeto á usted, maestro — me dijo —, voy á acompañarle hasta casa. Después me voy á la *Farmacia*.

— ¡Y tu madre esperándote, desvelada y llena de temores! Manuel, no te conozco. Parece mentira que seas mi discípulo.

— Buen barbián está usted, maestro... ¿Pues no se retira usted tan tarde como yo? En un metafísico eso es imperdonable. ¡Si está usted hecho un gomoso!... Concluirá usted por ir á la cátedra antes de acostarse y presentarse de frac ante los alumnos. ¡Cómo cunde el mal ejemplo.»

Sus bromitas me desconcertaron un poco; pero no quise ceder.

«Mira, perdido — le dije tomándole por un brazo —. Que quieras que no, te llevo á casa. No irás á la *Farmacia*. Yo lo mando y tienes que obedecer á tu maestro.

— Transacción... Procuremos conciliarlo todo, como dice su hermano de usted. No iré á la *Farmacia*; pero no puedo acostarme sin tomar algo.

— Pero, gandul, ¿no has cenado en casa de José?

— Sí... Distingamos; no es precisamente porque tenga apetito. Es por aquello de ir á alguna parte.

— ¿Y adónde quieres ir?

— Renuncio á la *Farmacia* con tal que usted me acompañe á tomar buñuelos.

— ¿Dónde, libertino?

— Aquí en la buñolería de la calle de San

Joaquín. Está fría la noche, y una copita de aguardiente no viene mal.

— ¿Estás loco? ¿Crees que yo...?

— Vamos, *magister*, sea usted amable. Ya ve usted que por complacerle renuncio á ir á mi círculo. Es cuestión de diez minutos. Luego nos iremos juntos á nuestra casita, como las personas más arregladas del mundo.»

Y tirando de mi capa, hizo tales esfuerzos por meterme consigo en aquel local innoble, que no pude resistirme, ni creí oportuno disputar más con él por un acto que en verdad era insignificante.

«¡Caprichoso!

— Sentémonos, maestro.»

XX

¡Me parecía mentira!

¡Yo sentado en el banco de una buñolería, á las cuatro de la mañana, teniendo delante un plato de churros y una copa de aguardiente!... Vamos, era para echarme á reír, y así lo hice. ¿Quién se llamará dueño de sí, quién blasonará de informar con la idea la vida, que no se vea desmentido, cuando menos lo piense, por la despotica imposición de la misma vida, y por mil fatalidades que salen á sorprendernos en las encrucijadas de la sociedad, ó nos secuestran como cobardes ladrones? La pícaro sociedad, blandamente y como quien no hace nada, me había estafado mi serenidad filosófica, y tiempo llega-